

22 : *Hay que jugar*, nov. 2016

LITERATURA PARA NUESTRA FE (11)

Cartas del diablo a su sobrino*

Juan Manuel de Prada

El autor es escritor. Ha recibido el Premio Planeta y el Premio Nacional de Narrativa, entre otros muchos. Recientemente ha publicado su última novela, centrada en santa Teresa: El castillo de diamante (Espasa Calpe), basada en las relaciones de la santa con Ana de Mendoza, princesa de Éboli.

ENTRE MAYO Y NOVIEMBRE DE 1941 aparecieron en el semanario *The Guardian* (nada que ver con el periódico progre de hogaño) una serie de cartas de intención apologética, bajo el título *The Screwtape Letters*, en las que el escritor C. S. Lewis (1868-1963) cedía la voz a un experimentado demonio que alecciona, instruye y aconseja a su sobrino Wormwood, un demonio bisoño y atolondrado al que se ha encargado la perdición de un hombre, al que siempre se denomina «el paciente». Al año siguiente, estas cartas (en total treinta y una) se reunirían en un volumen que en España siempre se ha conocido como *Cartas del diablo a su sobrino* (donde a los dos demonios protagonistas se les rebautiza como Escrutopo y Orugarío). Las cartas, según nos confiesa Lewis en el prefacio del libro, provocaron el desconcierto y hasta la indignación de algunos de los lectores del semanario, que no llegaron a captar la intención satírica de Lewis, tal vez porque no eran duchos en las delicias del punto de vista

* CLIVE STAPLES LEWIS, *Cartas del diablo a su sobrino* (Rialp, Madrid 17 2013).

y el perspectivismo literario. Y es que *Cartas del diablo a su sobrino* está escrito desde el punto de vista del veterano Escrutopo, que expone sus aviesos propósitos con una naturalidad que al lector desavisado al principio causará cierta perplejidad, empezando por el hecho de que a Dios se le denomine en todo momento «el Enemigo».

■ UNA ORIGINAL PRESENTACIÓN DEL MAL ■

Lewis escribe también en el prefacio que las críticas a sus cartas «fueron elogiosas o estaban llenas de esa clase de irritación que le dice al autor que ha dado en el blanco que se proponía». Sin duda, la irritación –procedente tanto de ámbitos impíos como de cristianos fofos– estaba provocada por el originalísimo modo en que Lewis presenta la naturaleza del Mal (en la que los ribetes sarcásticos y risueñamente malévolos sustituyen a los habituales tintes tremendistas y macabros) y, sobre todo, por los métodos de actuación que postula Escrutopo, radicalmente distintos a los que las personas más ingenuas suelen atribuir a las legiones infernales. De hecho, el meollo del libro de Lewis consiste en advertirnos que el demonio actúa de manera muy diversa –infinitamente más refinada y sibilina– a la que pretende el tópico. Lo advertimos desde la primera carta, cuando Escrutopo responde a su sobrino, que le acaba de comunicar su propósito de infiltrar en su «paciente» una filosofía materialista; a lo que su prototipo se opone, proponiendo en cambio que Orugarío se preocupe más bien de llenar la cabeza de su «paciente» de mentecateces en batiburrillo, haciéndole creer que es un hombre culto y autosuficiente; y la mezcla de confusión y endiosamiento hará el resto. En lo que Lewis anticipa el clima de sincretismo y desvarío mental que caracterizaría el pensamiento posmoderno: «Parece como si creyese que los razonamientos son el mejor medio de liberarle de

las garras del Enemigo — escribe Escrutopo—. Si hubiese vivido hace unos pocos siglos, es posible que sí; (...) pero ahora, con las revistas semanales y otras armas semejantes, hemos cambiado mucho todo eso. Tu hombre se ha acostumbrado, desde que era un muchacho, a tener dentro de su cabeza, bailoteando juntas, una docena de filosofías incompatibles. (...) La jerga, no la argumentación, es tu mejor aliado en la labor de mantenerlo apartado de la Iglesia. ¡No pierdas el tiempo haciéndole creer que el materialismo es la verdad! Hazle pensar que es poderoso, o sobrio, o valiente, que es la filosofía del futuro».

■ IRONÍA Y CLARIVIDENCIA ■

Desde esta primera carta hasta la última, Escrutopo diseñará un plan de combate contra el Enemigo (es decir, contra Dios) lleno de ironías malvadas y de una clarividencia atroz. Así, por ejemplo, recomendará a su sobrino que mantenga a su «paciente» con la atención centrada en su vida interior y en sus estados de ánimo, para que este obsesivo ejercicio de ensimismamiento lo aleje de sus obligaciones más elementales, lo obligue a descuidar a su familia y a sus amigos y dirija su alma hacia ocupaciones presuntamente más elevadas, hasta convertirlo en un hombre egoísta, altivo y estéril; y tan encumbrado que acabe olvidándose también de Dios, después de olvidarse de su prójimo. También juzga muy adecuado Escrutopo, para lograr la perdición del «paciente», que llegue a considerar las plegarias infantiles como «cosa de toros», hasta el punto de que reaccione con aborrecimiento contra las oraciones establecidas por la Tradición y las sustituya por oraciones espontáneas e informales, surgidas de su propio caletre, que por supuesto siempre le parecerán geniales (aunque sean una colección de majaderías vacuas y cursis). En otro pasaje, ante el júbilo que el neófito Orugarío

muestra por la mortandad ocasionada por la guerra, Escrutopo le recordará enojado que mucho más eficaz que la guerra para ganar almas (o sea, para perderlas) es la paz; pues lo que conviene a Satanás no es una Humanidad vigilante que se confiesa y encomienda al «Enemigo» antes de morir en las trincheras, sino una Humanidad adormecida en los laureles de la prosperidad, orgullosa de sus avances científicos, envanecida de tal modo de su invulnerabilidad que ni siquiera se acuerde ante la muerte de llamar a un sacerdote (entre otras razones, porque para entonces se ha olvidado de la salvación de su alma). Todavía hoy, setenta años después de que Lewis escribiera este pasaje, los bobalicones siguen deplorando la calamidad de las guerras, olvidando que en medio de la méflica paz que respiramos Escrutopo y los de su cuerda recolectan una copiosa cosecha de almas.

También se burla Lewis en *Cartas del diablo a su sobrino* de la filantropía, esa perversión sentimental de la caridad que dedica sus desvelos al hombre en abstracto, olvidando al hombre en particular. «Lo bueno — indica Escrutopo — es dirigir la malicia del paciente a sus vecinos inmediatos, a los que ve todos los días, y proyectar su benevolencia a la circunferencia remota, a gentes que no conoce. Así, la malicia se hace totalmente real y la benevolencia en gran parte imaginaria». Cuando Orugarío propone convertir a su «paciente» en un ríjoso contador de chistes obscenos, su consejero propone en cambio que lo convierta en un tipo al que se le permite hacer cualquier cosa que le apetezca, con tan solo exponerla con ligereza e ironía; pues, con muy buen criterio diabólico, juzga que contar chistes guarros es mucho menos devastador que tratar la virtud como si fuese algo cómico y anacrónico. Lo mismo ocurrirá cuando Orugarío proponga convertir a su «paciente» en adúltero; mucho más importante, a juicio

de Escrutopo, es conseguir que se case con una mujer inadecuada, provocando en él una desviación del gusto sexual que le haga buscar un tipo de mujer «a la moda» y lo aparte de las mujeres con las que podría formar un matrimonio feliz y fértil (y, al mismo tiempo, Escrutopo recomienda, cuando el «paciente» sea mujer, que se le inspire atracción hacia los hombres poco viriles). Nuevamente, la clarividencia de Lewis le permite anticiparse al clima de confusión sexual que en unas pocas décadas se iba a generalizar en Occidente.

■ EL CREYENTE ANGUSTIADO: PREOCUPACIÓN POR EL FUTURO ■

Y es que, como el veterano demonio de Lewis advierte a su sobrino, el camino más seguro hacia el infierno es el gradual: la suave y blanda ladera sin giros bruscos es infinitamente más eficaz que el precipicio; el mal disfrazado de bien es muchísimo más venenoso que el mal a rostro descubierto. En este sentido, Escrutopo recomienda instilar en los hombres la preocupación (cuanto más atormentada mejor) por el futuro, de tal modo que se conviertan en creyentes angustiados que hagan depender su fe del éxito o fracaso de empresas de resultado incierto; pues de este modo, perderán la capacidad para ser felices aquí y ahora y se mostrarán proclives a violar los mandamientos en su afán por asegurarse un porvenir más halagüeño. Claro que, para lograr que los hombres religiosos pierdan la fe, nada tan astuto como impulsar la idea de un «Jesús histórico» confrontado con el Cristo de la fe, construido según la moda ideológica del momento (cuando corresponda, con pautas liberales y humanitarias; cuando convenga, con rasgos marxistoides y revolucionarios), que convierta al Hijo de Dios en un «gran hombre» (o sea, traducido al román paladino, en un chiflado

que vende una panacea). También considera Escrutopo un extraordinario disolvente de la fe que la religión sea utilizada como coartada de la política, hasta que los propios cristianos consideren su fe como un medio para su propia promoción. Y, en fin, recomienda que el cristiano sea contaminado por la fiebre evolucionista y el afán de novedades, de tal modo que llegue a percibir su fe como algo estático y, por lo tanto, aburrido, incapaz de atender las solicitudes de un mundo cambiante y dinámico; pues el miedo a «Lo Mismo de Siempre» —afirma Escrutopo— «es una de las pasiones más valiosas que hemos producido en el corazón humano: una fuente sin fin de herejías en lo religioso, de locuras en los consejos, de infidelidad en el matrimonio e inconstancia en la amistad».

■ DESLUMBRANTE OBRA DE APOLOGÉTICA ■

La obra de C. S. Lewis, que se cierra con el fracaso del bisoño Orugario y la salvación de su «paciente», deja temblando en el aire la duda de si no sería el veterano Escrutopo el demonio encargado de infiltrar el humo de Satanás en el seno de la Iglesia, según denunciase Pablo VI. Pues, en efecto, entre los métodos que Escrutopo recomienda para perder almas, se hallan muchas de las calamidades que han agitado la barca de Pedro en las últimas décadas. *Cartas del diablo a su sobrino*, en fin, no es tan solo una deslumbrante obra de apologética, no es tan solo una deliciosa sátira que maneja el punto de vista con magistral desenfado; también es —bajo su apariencia bienhumorada— una escalofriante profecía. ●